



## NIÑEZ Y ADOLESCENCIA CONTEMPORÁNEAS: EL MALESTAR EN UNA CULTURA DESHUMANIZANTE

**Zayda Patricia Chavarría Arango**

Egresada del Programa de Psicología  
Funlam

Cuando se habla de niñez y adolescencia resulta fundamental reconocer la incidencia de los avatares históricos en cuyo devenir se han construido multiplicidad de nociones teóricas, como resultado de la investigación científica y experimental que en último término dio lugar al establecimiento de postulados biologicistas, ambientalistas y del desarrollo psicosexual y cognitivo; generándose así, un esquema si bien fragmentado; es en su interacción donde se hace lo suficientemente completo para instaurar las características esenciales de ambos momentos del desarrollo humano. En este orden de ideas, el desarrollo infantil y de la adolescencia han sido temas de interés a lo largo de las épocas, especificados en diversidad de abordajes teóricos, de gran valor conceptual. Sin embargo, fue la niñez el campo de investigación más elaborado por pensadores de diferentes disciplinas, quienes a su vez, actuaron como precursores para el estudio de la Adolescencia en períodos posteriores.

En consecuencia, el estudio se concentró mayoritariamente en la niñez. Para ilustrar mejor, la presencia del infante en la antigua Roma y más allá en el Medioevo paso desapercibida siendo considerada a modo peyorativo y denigrante (dotada de maldad como fuente de pecado). En simultáneo, predominaba su indiferenciación del mundo de los adultos y su permanencia

como objeto de otro que resolvía fines particulares, bajo convenciones culturales y propósitos individuales.

No fue sino hasta finales del siglo XIX “*que la sociedad occidental comenzó a separar el mundo infantil del de los adultos*” (Watson & Clay, 1991), sin que este evento diera paso al reconocimiento de la plenitud de sus derechos y al planteamiento de sus responsabilidades. De lo anterior, se generaron un sinnúmero de concepciones sobre niñez en diversidad de perspectivas donde el desarrollo, fue pensado. Según Lejarraga (2004), cinco son las principales tendencias teóricas que han aportado a definir la niñez en términos de maduración, desarrollo y crecimiento. Al llegar a este punto, se abordaran las consecuentes concepciones.

En primera instancia, se encuentra Arnold Gesell quien durante los años 1930 y 1950; inscribe el desarrollo del niño como el resultado de un proceso madurativo y que se expresa en su comportamiento como patrón de investigación observable en términos de progreso hacia el estado adulto. Con estos aportes, el crecimiento fue abordado a partir de la madurez psicomotriz, estándares tipificados de medición y establecimiento de parámetros evaluativos para la identificación de problemas en el desarrollo.

Entre tanto, el estudio de la niñez se vio permeado por aquellas nociones ambientalistas y de influencia del entorno en el desarrollo. Fue así como para finales del siglo XIX y principios del XX, diversos autores plantean cómo experiencias concretas eran generadoras de conocimiento. Esta corriente de pensamiento se fortaleció gracias a los avances experimentales de Pavlov, Watson y Skinner con los fundamentos de sus teorías conductistas.

Siguiendo lo dicho en líneas precedentes, surge un tercer énfasis investigativo adelantado por el psicólogo y afamado pensador, Jean Piaget. Con este autor, los determinantes biológicos y las experiencias ambientales se consolidan en una interrelación que favorece la adquisición de procesos cognitivos cada vez más complejos. La teoría constructivista planteada por Piaget, encuentra sus bases en la acción directa del niño sobre el mundo. Los cuatro estadios propuestos por el estudioso, se extienden desde los primeros días de vida hasta los 15 años de edad en un permanente evolucionar

configurando el reconocimiento corporal diferenciado de lo externo, las bases incipientes de representación simbólica, la resolución de los problemas concretos y la asimilación de conceptos diversos y combinados entre sí que permiten estructurar el *programa cognitivo* en cada ser humano.

Del mismo modo, Lev Vigotsky, le da relevancia al *contexto y desarrollo cultural* del niño a partir de su relación parental y con el sistema educativo, donde configura su pensamiento y direcciona efectivamente el lenguaje mediante habilidades transmitidas por los adultos próximos.

En contemporaneidad con las perspectivas analizadas, cabe mencionar cómo toma fuerza revolucionaria, la concepción del desarrollo psicosexual planteado por el célebre médico y neurólogo Sigmund Freud a inicios del siglo XX; quien reconstruye en la intervención con pacientes adultos, esbozos de su historia infantil a partir de la consideración “sui generis” de la sexualidad como *energía vital* y situada concretamente en zonas del cuerpo, que él mismo denominó *erógenas* y cuya localización encontraba variabilidad dependiendo de la edad del niño.

Todo el cúmulo pulsional existente encontrará paulatinamente un encuentro con la realidad que regula y a la vez enfrenta a la niñez con la frustración, en el proceso evolutivo que caracteriza su desarrollo. De ahí que las experiencias socializadoras actúen como vías funcionales de elaboración de las etapas, actuando en caso contrario como generadoras de choques traumáticos en el devenir del niño con la sexualidad (Sierra, 2005) y reactualizados en la resolución de los conflictos emocionales venideros.

Esta descripción sería incompleta si no se tiene en cuenta el proceso histórico de la Adolescencia a la luz de acontecimientos específicos y que de forma semejante a las líneas descritas con anterioridad, fueron determinadas por diferentes posturas que brindaron aportes teóricos relevantes en la construcción del ser adolescente en la contemporaneidad.

Tal como sucedió con la niñez, esta etapa específica recorrió diversidad de concepciones desde las épocas más antiguas antes de acercarnos al período contemporáneo. Para Lutte “en la Roma antigua, hasta el siglo II a. C; no existía

un período de edad a la que pudiésemos dar el nombre de adolescencia y juventud” (1991, p.21). La vida se encontraba dividida en tres etapas principalmente: la niñez, la adultez y la vejez. La fase de la adolescencia hace su aparición histórica como un período de marginación, limitado en sus derechos y libertades. En los albores de la edad media, la adolescencia aún llamada “*juventud*”, era situada como proceso mediador entre la fase de dependencia infantil y la mediana independencia que se asociaba a la edad adulta.

Posteriormente, los siglos XVIII y XIX confluyen en una extraordinaria incidencia pues a partir de aquí, se consolidará la imagen del adolescente en función de sus características personales y de las transformaciones inevitables que su crecimiento y progreso evolutivo trae consigo.

En este apartado, la obra del *Emilio* de Jean Jacques Rosseau cobra relevancia pues desde ahí se estudiará esta etapa no como fase subordinada sino como época de crisis o en palabras de la reconocida Dolto (1990), *fase de mutación* que requiere de la presencia del adulto acompañante, teniendo en cuenta la profunda vulnerabilidad del adolescente en este transitar formativo y de adquisición de aprendizajes, que en última instancia configurará su identidad. En pocas palabras, el abordaje de la adolescencia si bien consiste en el reconocimiento de sus transformaciones anatómicas; debería trascender además a la identificación de un episodio evolutivo de máxima vulnerabilidad al contexto, en términos positivos y negativos. Queda en duda entonces, la visión de la adolescencia como edad fatídica, pues incluye no sólo pensar el proceso como adquisición de funciones anatómicas sino también de capacidad creativa y pericias en el aprendizaje en función de las posibilidades brindadas por el entorno; preponderantemente, en lo que respecta a agentes formadores y educativos.

Durante este transcurrir histórico de la niñez y la adolescencia como nociones de interés conceptual, nos encontramos con etapas del desarrollo que si bien han sido incesantemente abordadas; tal acaecer conceptual ha primado en detrimento de la consideración subjetiva de los personajes que están delante del ojo investigativo. Sujetos objetivizados en el afán de nutrir significaciones particulares, que quedan inscritas en el papel pero que poco o

nada han aportado al posicionamiento reflexivo del orden colectivo frente a la realidad evidenciada de niños, niñas y adolescentes. Como ganancia se tiene entonces, una aparición de ellos en el universo de los adultos pero no en el lugar que les corresponde como seres únicos totalmente reconocidos.

Para los niños, niñas y adolescentes el sistema cultural encabezado mayoritariamente por adultos se convierte en camino de renuncia pulsional, prohibición y negación de su deseo. En efecto, el contexto hiperexigente, en vez de potenciar un desarrollo libre desde donde logren elaborar pérdidas y ganancias con el debido acompañamiento de un Otro, pretende silenciar una fuerza que impulsa a actuar, a manifestarse y que requiere ser direccionada por vías alternas aceptadas socialmente. Zuluaga en su artículo *El menor hoy: ¿De víctima a victimario?* (citado en Gómez, 2006) plantea “*si partimos, entonces, de la premisa de que mientras el discurso del amo contemporáneo, mientras la voces estatales...trabajan y operan por su bienestar, protegerlo, hacer de él un ser integral, el menor, por el contrario evidencia más su malestar*” (p.71).

La realidad de la niñez y la adolescencia desde la aparición reiterada de problemáticas de conducta y adaptación social, no es otra cosa que la manifestación de su inconformidad y necesidad del establecimiento de una nueva relación con la cultura, de un encuentro distinto con los adultos mediante la resignificación que ellos le den a su ser propio y distintivo. Al respecto Velásquez dice “*El síntoma es el modo de denunciar un límite y de demandar otra forma de presencia... de lazo con el adulto*” (2008, p.12).

Este desafío en el quehacer profesional, cuenta con la ventaja del compendio conceptual que a lo largo de los años define ambos procesos del desarrollo evolutivo. Sin embargo, cada teoría existente no deberá ser tomada en aislado puesto que de su interacción y pretensión holística se configura una intervención dotada de riqueza teórica y consideración del ser niño y adolescente según sus particularidades, abordándose así la trilogía biopsicosocial y de inclusión participativa del sujeto en su proceso terapéutico (*vía palabra*). Así, la fuerza sintomática podrá encontrar su resolución en la queja que el sujeto nombre, logrando movilizar emociones relacionadas y encontrando respuestas a la angustia que había generado ese *sin saber*.

Como profesional de la psicología, el bagaje teórico construido sobre niñez y adolescencia implica transformar el accionar hasta ahora existente en aparente “beneficio” de las mismas. Intervención que estando sujeta exclusivamente a la literatura creada, no tendrá en cuenta la dimensión subjetiva de seres que anhelan ser considerados en su persona, en igualdad de condiciones y otorgándoles la importancia merecida. Ese mirarse cara a cara, en escucha sincera y contacto afectuoso; sin importar faltas cometidas o daños ocasionados. Un construir conjunto que corresponsabilice y de lugar a mecanismos adaptativos menos traumáticos y provechosos para su conducir social.

En conclusión, pensar en niñez y adolescencia obliga a enriquecerse desde lo conceptual, pero también a moverse por lo que no está escrito en el papel y trasciende a lo teórico porque invita a lo vivencial en la interacción con individuos enigmáticos en su hacer, por la necesidad de su decir. Un requerimiento que convoca a la presencia real del adulto facilitador y encaminador de propósitos de vida más sanos.

#### Referencias.

- Dolto, F. (1990). *La Causa de los adolescentes*. Barcelona: Seix Barral.
- Gómez, G. (Compiladora) (2006). *De la infancia a la adolescencia* Temas cruciales. Bogotá: Prisma Asociados Ltda.
- Lejarraga, H. (2004). *Desarrollo del niño en contexto*. Buenos Aires: Paidós.
- Lutte, G. (1991). *Liberar la adolescencia: La psicología del adolescente hoy*. Barcelona: Herder.
- Ruiz, A. (2008). *Adolescencia y pubertad*. Revista I.e.t.r.a a I.e.t.r.a de la NEL- Medellín. N° 5.
- Sierra, G. (Compiladora) (2005). *¿Qué sabemos de los niños? Estructuración psíquica y problemática social*. Medellín: Corporación ser Especial
- Velásquez, J. (2008). *El niño en los inicios del siglo XXI*. Revista I.e.t.r.a a I.e.t.r.a de la NEL- Medellín. N° 5.
- Watson, R.I y Clay, H. (1991). *Psicología del niño y del adolescente*. México: Limusa.